



## CAPÍTULO VII

### BATALLA DE CÚCUTA

Cogiendo displicente a Correa de rezandero en una iglesia y en día de jarana, Bolívar lo saca a golletazos de Cúcuta; pero, en uso de unas de sus mañas acciones publicitarias, con su parte de guerra, se ganó una de las mayores dificultades que le tocaría afrontar para poder vencer a los opresores de Venezuela que le quedaban hasta Caracas.

El 27 de febrero Bolívar logra atravesar el río Zulia después de un risible cañoneo por parte de un remanente de las fuerzas de Correa que intentaba desesperadamente evitar el paso del río. Allí Bolívar llevaba ya cien efectivos más como aporte del también mañoso Manuel Castillo, el que no pudo o no quiso atajar la retirada de los enemigos en derrota, quien probablemente al ver que su patriota rival había logrado so-

brevivir la travesía desde Ocaña, lo hace para figurar también en una factible entrada triunfal a la ciudad de Cúcuta. Cuando amaneció el 28, sin reposo de sus tropas, Bolívar marcha y llega a las 9 de la mañana por la parte occidental a la última estribación de la serranía de donde se divisa el estrecho valle y la blanca ciudad de San José de Cúcuta. A esa misma hora, sin haber tomado la precaución de defender las estribaciones de la cordillera del otro lado de la llanura, el jefe español, en pleno día de carnaval, comulgaba en una iglesia de la población; pero con todo, las tropas de Correa se defendieron con valentía al ser atacadas, y tanto, que después de cuatro horas a los patriotas se les acabó la munición, y a Bolívar le tocó ordenar —a través y en acción misma de su tío político José Félix Ribas— la carga a la bayoneta, con lo cual fácilmente terminó con ellas y con las posiciones que ocuparon de urgencia.

Después de la batalla, sin descanso, en el parte de guerra que esa misma tarde del triunfo dirigió Bolívar al presidente de la Nueva Granada, deja traslucir el pavor que había insuflado al ejército español que merodeaba esas regiones del actual departamento de N. de S., al describir tales acciones con pánico realismo: “El enemigo sobrecogido, en este momento de un terror pánico, se escapó precipitadamente dejando en nuestro poder, la plaza, artillería, pertrechos, fusiles, víveres y cuantos efectos pertenecían al gobierno español y a sus cómplices. Hemos alcanzado la más completa victoria, aprovechándonos de sus fuertes posiciones y de estos floridos valles que ellos oprimían, matándolos e hiriéndoles una multitud de oficiales y soldados inclusive el mismo comandante Correa, que lo han recogido del campo de batalla gravemente herido en la cabeza, siendo por nuestra parte la perdida tan desproporcionada, que sólo tenemos que deplorar, dos hombres muertos y catorce heridos, entre ellos el valeroso

teniente de las tropas de la Unión, el ciudadano Concha”. (Febres, 1989)

En ese mismo informe del triunfo, Simón Bolívar remarcaría la labor de su tío político a quien, por su meritoria y valiente acción en la batalla, lo nombraba a menudo allí como “bene-mérito de la patria”. Pero también con su parte de guerra, poniendo en práctica con toda la gala su ajustada publicidad sempiterna, y haciendo honor a la frase con la cual se autocalificaba con jactancia “yo soy el hombre de las dificultades”, Bolívar se ganó una de las mayores de éstas que le tocaría afrontar, seguramente habilidosamente para valorar y magnificar más su triunfo en Cúcuta, por la exagerada información de la que estaba cargada: Es un típico documento de Bolívar, mitad parte de operaciones y mitad proclama de las musas, especie de cacaraqueo triunfal y promocional: “está terminada la campaña de Cúcuta en sólo seis días que han pasado desde nuestra entrada en el territorio enemigo y doce después de mi salida de Ocaña, libertando una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la dominaban. Ahora solo nos resta por vencer a los opresores de Venezuela”. Allí, con infortunio y sin medir las derivaciones, al exagerar los elementos de boca y de guerra incautados al enemigo – pues, por ejemplo, informa que el producto del saqueo habían sido 200 mil pesos, cuando fueron solamente 15–, siembra la semilla de la cual iba a surgir los más terribles cargos y a detener unos meses su desbocada maratón hacia Caracas.

Pero reforzando y quizás siendo en realidad el determinante de esta dificultad, estuvo el hecho de que el Libertador, haciéndose el de la vista gorda, ante la perspectiva que tenían en el triunfo sus tropas que no habían podido ser pagadas aún –“ebrias de gozo y de licor”, como Bolívar diría después

en su defensa–, les permitió el incontrolable saqueo de la ciudad de Cúcuta, sin distingo de ninguna clase, ciudad en donde en ese momento tenían aglomerados cuantiosos elementos de todo tipo los comerciantes venezolanos y españoles, ante la perspectiva de la gran invasión que proyectaba Monteverde por este sector de la Nueva Granada. Bolívar, días después, al sincerarse y argumentar con las autoridades de la Nueva Granada, traza un vivaz cuadro justificativo de lo sucedido: “Para guardar cada casa habría sido necesario una escolta y para cada escolta un oficial de honor que no atendiera otra cosa que a salvar los bienes de nuestros enemigos”.

Las consecuencias de este incidente fueron graves y aún fatales para la causa originaria de Simón Bolívar. Las rivalidades y la envidia hallaron la mejor ocasión de arreciar las críticas a la alocada invasión a fondo de Venezuela que proponía este aparecido oficial extranjero y cuya acometividad explosiva actuaba como viento de proa para el apoyo de su empresa por parte de la Nueva Granada. No sintió el héroe esto en los primeros momentos. Con una vertiginosa velocidad, aunque muy estorbado, comenzó a combinar su lirismo épico con medidas organizativas y de represión; pero necesitaba de un apoyo efectivo y poderoso para su causa. Con sólo las cuatro centenas de cartageneros y momposino, y el desganado aporte de las fuerzas de Castillo, no podía emprender tamaña empresa: